

reciendo la familiar asistencia. Luego partió á su correría mercantil, y tan diligente estuvo en lo tocante al negocio del amigo, que á media tarde le llevó noticias de su novia. "Entré en la casa de sus primos, y mi buena estrella me deparó el ver á Pascualita. Me compró unas peñas que no pienso cobrarle. Después, aprovechando un momento en que nos quedamos solos, le hablé de Gil. Se puso muy colorada. Yo le dije que estaba usted en lugar seguro... y ella mudó de color; díjome que su tío... ¡Porra, qué tío!... "Pues sabrá usted que don Saturio se avistó esta mañana con el Gaitín que vive en Suellacabras, y concertaron que la Guardia civil le prenda á usted por vago, y le lleve atado codo con codo: ¿á dónde? ya no me acuerdo... Esto me lo dijo la niña secreteando... Apareció la tía con su cara de alcuza y no pudimos hablar más. No hay que apurarse, amigo. Aquí no han de cogerle. La gente de esta casa es de toda confianza... Ahora voy á dar una vuelta por el pueblo, á ver si cobro algunos picos... Le traeré á usted una cédula; rompe la suya, y toma con nueva cédula otro nombre."

Intranquilo estuvo Gil hasta la noche y hora en que Cíbico le llevó con la cédula noticias peores. Había vuelto á la casa de Pascuala, que aterrada y trémula le entregó este mensaje, rápida y nerviosamente escrito en un papelejo: "Vete corriendo de aquí, y lleva la cédula que te dará Bartolo... Escóndete de Guardia civil... Irás vuelta de Soria rodeo largo. En Soria estaremos viernes. Bartolito daráte señas... Bartolito amigo bueno... Bartol...", No siguió

escribiendo... Gran susto... Oyóse el carraspeo de don Saturio como una tempestad cercana.

### XIII

Prosiguiendo en su vaga peregrinación, el encantado caballero va camino de Numancia.

Ganada la confianza con el largo palique, Bartolo y Gil llegaron á tutearse. "Fíate de mí—dijo el pacotillero, dejando ambos los duros colchones á punto de amanecer.—Tú sales ahora, y yo contigo para llevarte, con el resguardo de mi persona bien acreditada, hasta las ruínas de un castillo de Templarios que tenemos como á un cuarto de legua. Allí te guareces; allí me esperas, pues acá me vuelvo á despachar mis cobranzas y recibir encargos. Al mediodía nos reuniremos para encaminarnos despacito hacia un pueblo de pesca que llaman Renieblas, donde tengo trabajo lo menos para tres días. Tú sigues por las veredas que te indicaré, bien apartadas del camino donde podrás encontrar los malditos tricornos. Y si los encontrases, fíate de tu cédula y no corras, aunque no esté bien decir de la cédula lo que de la Virgen decimos; y si apurado te vieres, te haces pasar por criado mío, que para esa comedia te daré un paquetito de medallas del Pilar, dirigido al ama del

cura de Santiago, que las revende en su iglesia... y así vivimos todos.»

Conforme al plan ideado por el sagaz *Paniquesero*, Gil pasó la mañana en los Templarios, esqueleto de rotos muros, que parecía maldecir y apostrofar á la dormida soledad que le rodeaba. Entretúvose el mozo en mirar el circular revuelo de las aves que allí tenían sus nidos, grajas, chovas y cernícalos, dueñas de las altas piedras y del aire. Creía encontrarse en un país inhabitado, ó en el cementerio de una nación que ni memoria de sus hijos dejara. Fuera de algún pastor de cabras que conducía su rebaño á los zarzales y á las peñas revestidas de silvestres enredaderas, no vió alma viviente en aquellos contornos. Sólo con su imaginación, Gil abandonaba el paisaje y las ruinas para pensar en su amor y en la bella Cintia, de quien le separaban, á su parecer, distancias inconmensurables y siglos de tiempo. Y adormido en sus añoranzas, le venían á la memoria los versos idílicos que el zagal Rodrigacho solía cantar en la majada guiando á sus ovejas en busca de mejor pasto. Era el tal Rodrigacho un poco poeta y erudito memorioso de versos pastoriles. Gil se los hacía repetir, y algunos se le quedaron en la memoria. Recostado entre las ruinas y puesto el pensamiento en su augusta dama, murmuraba: "*Oh Venus, dea graciosa,—á tí quiero y á tí llamo...*" Recordando otra canción muy lastimera, decía: "*Bien sé que me ha de acabar—el dolor de esta partida,—que de verme y veros ida,—me há tanto de lastimar—que en ello pierda la vida... ¡Ijujú!*"

Llegó puntual á las doce el hombre inquieto y ágil con el animalejo que era su insignia en el palenque de la vida. Traía ración sobrada de fiambres y una mediana bota de vino, con lo que hicieron mesa de un peñasco plano y se sentaron á comer. Bartolo, que comiendo en sociedad honraba siempre el nombre de su pueblo natal, Taravilla, extremó aquel día su locuacidad, aprovechándose de que Gil medio se aletargaba en melancolías taciturnas. De la viva charla del buhonero se extracta lo siguiente:

"Si eres despejado y no pierdes la sangre fría, podrás zafarte de la Guardia civil. Hazte el valiente, aunque no lo seas, y si te cogen, dí que te quejarás al señor Gaitín, ó que pidan informes de tí á cualquier Gaitín, porque aquí no hay más ley que el capricho y el *me da la gana* de esa familia. Los alcaldes son suyos, suyos los secretarios de Ayuntamiento, suyos el cura y el pindonguero juez, ya sea municipal, ya de primera instancia. Como te coja entre ojos un Gaitín, encomiéndate á Dios... Porque aquí decimos que hay leyes, y mentamos la Constitución cuando nos vemos pisoteados por la autoridad. Nombrar esas cosas es como si cuando te estás ahogando en un río pidieras botas de montar. Los tiranos que aquí se llaman Gaitines, en otra tierra de España se llaman Gaitanes ó Gaitones... Pero todos son lo mismo. Y para poder bandearme entre ellos, ando yo en esta vida vagabunda. No puedes ni respirar si no estás bien con el alcalde, con el juez, con la Guardia civil, con el cura. Y aquí me tienes que vivo con todos, es decir,

que les engaño á todos. ¿Te vas enterando?», replicó Gil que algo sabía ya del caso, y el de la ardilla prosiguió así: «Aquí vivimos de mentiras. Decimos que ya no hay Esclavitud. Mentira: hay Esclavitud. Decimos que no hay Inquisición. Mentira: hay Inquisición. Decimos que ha venido la Libertad. Mentira: la Libertad no ha venido, y se está por allá muerta de risa... Verás un caso: había en Matalebreras un pobre labrador con familia, buen hombre... Pero le dió la ventolera por no querer ir á misa. Pues ha tenido que malbaratar su tierra, tomando lo que han querido darle, y salir pitando para las Américas. Te contaría mil casos; pero tú los irás viendo, si ya no los has visto... El que quiera vivir aquí en paz, tiene que hacer lo que hago yo, y es ponerse al son y al gusto de cada uno. Yo engaño al cura metiéndome á ratos en la iglesia... y venga rezar, y vengan golpes de pecho que se oyen en Jerusalén; yo le bailo el agua al alcalde alabándole cuantos desatinos hace, y á la esposa del juez municipal y á las señoras de los Gaitines les vendo con rebaja de un veinticinco por ciento. Gracias á este ten con ten, vivo y como... Pues tú, como no hagas lo mismo, trabajillo ha de costarte sacar á Pascualita de las uñas lagartijeras de don Saturio... Sutileza, hipocresía y engaño has de emplear antes que la fuerza.»

No estaba conforme Gil con la flexibilidad reptante de su amigo, y más le gustara ir por derecho al asedio y toma de Cintia. Engolfado en estas ideas, sólo prestó vaga atención á la charla del buhonero, y toda su alma iba en

persecución de la imagen y alma de la Madre, pidiéndole auxilio para triunfar de la ímproba realidad. Encantado él, encantada Cintia, hallábanse bajo el imperio de la soberana Encantadora, y de ésta dependía el que ambos vivirían gozosos ó muriesen de pena... Y cuando emprendieron la marcha por veredas y atajos en dirección de Renieblas, Gil no tenía pensamiento más que para la invocación á la Madre, ni ojos más que para buscarla en una revuelta del sendero, ó suponerla en acecho tras de la peña formidable ó el espeso matojo. Su compañero á ratos le preguntaba: «¿Qué miras, qué oyes?», Y él respondía: «Oigo y veo lo que quisiera ver y oír...», Respetaba Cíbico estos nebulosos conceptos considerándolos rarezas del que tenía por hombre superior en calidad y entendimiento. «Es un león oprimido—se decía,—y yo el ratoncillo travieso que puede hacerle un buen recaudo.»

Renieblas era el último pueblo del mundo, ó el más distante moralmente de la civilización hispánica; mas no por esto disfrutaba de mayor paz y felicidad, porque allí también llegaba el apestoso influjo de la familia gaitinesca. Alojáronse los viajeros en una casa humilde, y en ella tuvo Gil, á la siguiente mañana, ilusión tan intensa de ver á la Madre y de recibir muy de cerca su soberano aliento, que ello fué como la misma realidad... Dando á su amigo las últimas instrucciones y consejos antes de separarse, el hombre industrioso y arduo dijo: «Tengo que despachar aquí algunas baratijas, y cobrar lo que me deben del viaje pasado; luego me iré á Buitrago, donde pienso co-

locarle al cura unos *Evangelios* y *Reglas de San Benito* para preservar de enfermedades al ganado y personas. Tú, antes de ir á Soria, debes parar en Numancia, que según veo te llama y atrae con un son de poesía: allí puedes entretenerte viendo las cavas que hacen para desenterrar el cuerpo de la ciudad que tanta fama ganó con su valor.

—Sí, sí: iré á Numancia—dijo el encantado,—donde, seguro, seguro, encontraré á la Madre.

—Las *Madres Concepcionistas* no estarán allí: las encontrarás en Soria, junto á la parroquia de San Clemente. Te lo digo por si la Madre que buscas fuera de esas... Las de *San Vicente* están en la *Beneficencia*. También te digo que si en Numancia te dieran trabajo en las excavaciones, debes ajustarte y coger pala y picachón, que así ganarás algún dinero, y esperarás á que yo me junte contigo para llevarte á Soria... Yo he de ir allá, que en aquellas ruínas sagradas tengo un negocio de que no te hablé todavía; pero ya es llegada la ocasión de ponerte en autos. Bien podría ser que nos asociáramos para una granjería que da más que las minas soñadas del mamarracho de don Saturio... Ven acá, y sentémonos en este arcón.

Dijo esto echando mano al bolsillo interior de su zamarra, de donde sacó un lío de periódicos, y de entre ellos una carterita sebosa. Viva curiosidad movió á Gil, que fué derecho á sentarse junto á Bartolo. Este desprendió el elástico que sujetaba la cartera, y con solemnidad religiosa mostró al mozo los peregrina-

nos objetos que en ella guardaba. Silencio en los dos. La cara de Cíbico era toda orgullo comercial; la de Gil sorpresa y admiración... “¿Qué me dices de esto? Aquí tienes medallas, monedas, camafeos... Proceden de Clunia, la ciudad romana que está soterrada en un poblacho que llaman Coruña del Conde. Los aldeanos que arando descubren estas preciosidades, las llaman *chanflos del moro*... Antes las vendían por cuatro ó cinco cuartos. Hoy han abierto el ojo y piden más. ¿Ves este ópalo que tiene grabado un ciervo? Pues uno como éste compré yo por dos pesetas, y en Zaragoza lo vendí en catorce duros. ¿Ves esta moneda de plata con letras que dicen *Aug. Divi. Fi...* y qué sé yo qué? Pues me la dieron por tres pesetas, y yo no la suelto por menos de cinco duros. Este medalloncito de piedra onix con un guerrero que lleva escudo y lanza, lo guardo para un marchante muy entendido que lo tendrá si afloja veinticinco duros.”

El acto de mostrar Bartolo las monedas y camafeos fué el momento psíquico en que Gil tuvo la perfecta ilusión de la presencia de la Madre. No sólo apreciaba su aliento cálido que le azotaba el rostro, sino que la vió inclinada entre los dos amigos, casi tocando con su cabeza á la de ellos, en figura corpórea, no tan diáfana como la de los espectros. A tanto llegó su alucinación, que se le escapó decir: “¿Verdad que es bonito, Madre?,” Y también creyó que la Señora sonreía como burlándose del traficante en polvo de los siglos muertos.

Luego Bartolo siguió así: “Estas monedas de cobre y de plata son de Numancia. Proce-

den, no de la ciudad, sino del Campo Romano. Adquirí el año pasado una moneda celtíbera de cobre que me valió treinta y dos duros, ó sea dos onzas... Con que ya ves si esto es buena ganga. ¿Creeías tú que yo no trabajaba más que en ovillitos de algodón y en peines de á real?... Pues ahora, conociendo lo listo que eres, no necesito decirte que si te admiten en las excavaciones, y moviendo tierra ves que salta una moneda ó medalloncito, no lo des al encargado, sino lo apañas con disimulo, me lo entregas, y de la ganancia que hubiere, mitad tú, mitad yo... No te digo que hagas lo mismo con alguna jícara ó puchero que te saltara de entre los terrones, porque esto ya es más difícil de guardar... Tú á lo nuestro: ojo á las chapas, á los anillos, á los amuletos que aquellas pindongas romanas se colgaban entre los pechos....”

Admirado Gil de no ver á la Madre, y buscándola con sus miradas en toda la pieza, nada contestó al pacotillero, el cual guardaba sus preciosas chucherías con avara solemnidad.

Al despedir á Gil antes de media mañana, llevóle á la margen del pueblo por el Norte, y le señaló el camino que había de seguir: “Remontas esta loma, y antes de llegar al primer caserío, tuerces á mano izquierda y te metes en un páramo... Adelante, adelante por el páramo... Traspasas un cerro, luego otro cerro, y á la bajada de éste te encuentras en Garray, que es como decir en Numancia.” Salió andando Gil con veloz carrera, semejante, á su parecer, á la que llevaba cuando traspasó las cimas de Urbión agarrado al velo de la Madre.

Pronto le dijo su cansancio que iba por su pie, y no conducido por ninguna fuerza sobrenatural. “No viene, no viene conmigo—se decía desalentado, revolviendo en torno suyo ansiosas miradas.—No la veo, no la oigo... Seguiré solo hasta Numancia, que es su casa y su trono.” Con esta ilusión avanzó en su camino, sin hallar persona viva. Era una región solitaria, en la que Gil no encontraba más que la huella invisible de la Historia, y gráficas huellas de rebaños. Y reconociéndose solo, también se reconocía sin albedrío para proceder libremente. Sentíase sujeto por duras cadenas á una fatalidad misteriosa, y ésta le llevaba por donde iba... No podría, no, dirigirse á otra parte. Lo más extraño era que su gusto y la fatalidad obraban en armonía perfecta, es decir, que era esclavo y gustaba de la esclavitud.

Toda la mañana anduvo sin novedad, y cuando apechugaba con el primero de los collados que le indicó Bartolito, vió que del Poniente, ó más bien del Sudoeste, venía un cálido viento que levantaba negras nubes de aquella parte, tapando el sol á ratos, á ratos descubriéndolo. Truenos lejanos pronunciaban un *alerta* terrorífico. Siguió su marcha, y cuando descendía por pedregosas veredas á un barranco, que parecía copia del valle de Josaphat, el cielo tomó color plomizo; la nube cerró el paso á los rayos del sol, y el viento ardoroso sopló con más fuerza disparando goterones que al caer en tierra sonaban como balas. Claridades lívidas y pavorosas cruzaban por los aires, y el trueno chasqueante y repercutiente seguía las huellas del relámpago con intervalo brevísimo. Buscó

Gil dónde guarecerse; pero sólo encontró un peñasco que era en verdad el peor paraguas que pudiera imaginarse. Sobre el pobre Gil descargó un diluvio de granizo, del cual se defendió con el improvisado escudo de sus manos. En la rauda iluminación de los chispazos eléctricos, que en el aire describían las figuras geométricas más peregrinas y aterradoras, creyó ver Gil una silueta de mujer inconfundible con ninguna otra, y en su paroxismo de terror gritó: "¡Madre mía, socórreme!"

Debió de socorrerle la excelsa Señora, porque salió ileso del horrible pedrisco. Sobre él cayeron cantos de hielo, que empezaron garbanzos, luego fueron nueces, y por fin huevos de gallina de los de dos yemas... Pasó la nube, y el pobre mozo siguió escotero, apechugando con el segundo collado, por donde debía pasar de un barranco á otro. Andaba de prisa; iba en dirección contraria de la que llevaba el temporal; pero allá por Occidente, tirando al Sur, veía un segundo escuadrón de nubes, como segundo cuerpo de un grande ejército que acabaría de invadir el cielo en lo restante del día. Calado hasta los huesos, avivó el paso, y al llegar al caballete de donde veía la hondonada oscura, buscó con inquieta mirada un paredón ó casucha donde abrigarse del nuevo diluvio que le amenazaba. Encaminóse á una ermita en ruínas, y allí esperó el segundo chaparrón de agua y granizo, que no fué menos violento y azotador que el primero, y también acompañado de pirotecnia de relámpagos y de estrepitosa sinfonía de truenos. No abandonó

aquel amparo hasta que las horripilantes nubes descargaron toda la furia que llevaban en sus entrañas.

Ya se venía encima la noche cuando Gil emprendió de nuevo la marcha por una pendiente en cuyo fondo no veía más que negruras informes. El suelo bajaba con él; piedras y hielo resbalaban ante sus pies ó con ellos juntamente; caía, se levantaba, patinaba, y hacía mil figuras y cabriolas. De este modo, medio descoyuntado de brazos y piernas, llegó á un llano, encharcado por la lluvia. Siguió en derchura de unas luces que á regular distancia vislumbraba. El pueblo de aquellas luces debía de ser Garray. El peregrino, sin reparar en estorbos de charcos ó pedruscos, siguió en recta línea hasta que pudo distinguir un edificio grande y blanco, como enlucido de lechada de cal, reciente. La blancura y la luz le guiaban. La claridad salía de una anchurosa puerta, juntamente con ruido de humanas voces... Ávido de abrigo y descanso, no vaciló en meterse bajo el primer techo que encontraba. Traspasó la puerta balbuciendo tímidamente una petición de permiso... Dijéronle: "Adelante"... Vió algunos hombres en pie, agrupados en derredor de una mesa. Sentados junto á ésta, la vista fija en papeles y en montoncillos de dinero, había dos personas. La que Gil vió á su derecha se ocupaba en pagar á los hombres, que tenían trazas de jornaleros de obras públicas. El señor que estaba de frente no hacía más que inspeccionar la operación de pago y cobranza. Adelantóse Gil desflorando una frase de cortesía, y antes de que acabara

de pronunciarla, quedó absorto y mudo... El señor aquél que la mesa presidía era el eximio sabedor de antiguallas don José Augusto de Becerro.

El primer impulso del caballero fué acercarse á su amigo para verle de cerca y exclamar alborozado: "Hola, mi querido Augusto... ¿Tú aquí? ¿No me conoces? Soy Tarsis." Pero su mismo instinto de esclavitud le contuvo. No debía ni *podía* manifestarse en tal forma, sino en la de un pobre jornalero del campo, que medio muerto de fatiga, tronzado por el pedrisco y la lluvia, demandaba hospitalidad, y si podía ser, trabajo en las ruínas, cavas ó lo que hubiera.

#### XIV

De la increíble presencia del espíritu de Becerro en las gloriosas ruínas, y de sus hechos y dichos.

Con buenos modos acogieron al mozo, y no fué menester que éste diera pormenores de su necesidad, pues harto la declaraban el rostro aterido y el peso de fango y agua que llevaba en su ropa. Becerro y el otro señor que hacía los pagos deliberaron un momento sobre si le admitían ó no al trabajo, y entonces vió el caballero que del fondo de la estancia emergían dos guardias civiles levantándose de un banco. No les había visto antes por hallarse en pie frente á ellos los trabajadores que aún espera-

ban la paga. Cuando vió Gil que los guardias iban hacia él, tuvo un momento de turbación; pero pronto se rehizo. Metió mano al pecho, diciendo: "Aquí tienen mi cédula. Florencio Cipión. Soy criado de Bartolo Cíbico, y quiero trabajar aquí, mientras él anda en su tráfico; que los tiempos están malos, y hay que buscar un pedazo de pan donde quiera que lo haya." Los guardias no pusieron á Gil reparo alguno, y devolviéndole la cédula, dijo uno de ellos: "¿Y dónde han quedado *Corre-corre* y su ardimilla? Así le llamo, porque ese apodo le daban en Aranda, donde le conocí.

—En Renieblas dejé á mi amo—replicó Gil muy sereno.—Aquí le tendremos al fin de la semana.

—¡Vaya con el cuajo del tal *Corre-corre!*—dijo risueño el guardia.—Tiene que traerme unas postales, chicas guapas... Me aseguró que recalaría en Garray el 8, y estamos á 17...

—Pues postales de esas trae, con muchachas muy lindas, bailarinas y cantaoras que dan la desazón..

En esto, Becerro y el otro individuo decidieron admitir á Gil con jornal de diez reales, y que se le daría por aquella noche albergue en la sobrestantía: la cena por cuenta de él. Terminado el pago, fueron desfilando los trabajadores que vivían en otras casas del pueblo. Salieron también los guardias, dando las buenas noches, y quedaron solos con Gil el señor de Becerro, el pagador y un hombracho que parecía capataz. Mientras hablaban, observó con gozo el caballero encantado que su persona no despertaba sospechas.

Delante Augusto y el otro sujeto, detrás Gil y el capataz, pasaron los cuatro á otra habitación de planta baja, extensa y anchurosa crujía donde vió Tarsis, arrimados á la pared, ladrillos que debían de ser romanos ó celtíberos, infinidad de piezas de cerámica ó fragmentos de ellas, lápidas y vestigios mil de civilizaciones que fueron. A la izquierda estaba la estancia del gran Becerro, de quien se despidió el pagador para irse á su casa en el interior del pueblo. En el fondo, vió Gil dos puertas por donde venían olores de cocina y cháchara de mujeres. Mientras don Augusto se internaba pausadamente en su albergue, el capataz llevó á Gil hacia el fondo, y le señaló un cuarto para que en él metiera su hatillo y se mudara de ropa antes de cenar. Así lo hizo el encantado, y repuesto de su mojadura y quebranto, se reparó del hambre en buena compañía del hombracho y de las hacendosas mujeres. Salió después con el que ya era su amigo á fumar un cigarrillo en la gran crujía, y allí se abocaron con el sabio, que ya despachado había su frugal colación, y se paseaba despacito con las manos á la espalda. Sentados los dos hombres en un banco arrimado á la puerta, no esperaban más que á consumir el pitillo para ir á su descanso. Becerro, en su vagar lento, echaba miradas inquisitivas á Gil; de improviso se detuvo, y llamándole con gesto amable, le llevó á pasear con él.

Lo que hablaron, como toda voz pronunciada en aquel pristino escabel de la Historia, merece ser reproducido fielmente.

BECCERRO. (Poniendo en su rostro de chivo, cada día más ahilado y mustio, una sonrisa cortés.)—Dispéñeme, buen hombre. Desde que le vi á usted en la sobrestantía, y ahora viéndole aquí, estoy batallando con mi memoria... Vamos, que la cara de usted no me es desconocida... yo le he visto á usted... ¿dónde? ¿cuándo? Pues no doy con ello... Mis dolencias me han dejado el cacumen harto desfallecido, y...

TARSIS. (Serenamente, poniéndose al instante en situación con un ingenioso embuste.)—Verá usted, señor don Augusto, cómo yo le avivo la memoria. ¿No se acuerda del estuquista y vaciador de yesos que trabajó tan cerca de usted cuando decoramos con escayola la escocia y techo de la Exposición de artes medioevales? Florencio Cipión: ¿no se acuerda? Yo era el primer oficial de Torelli.

BECCERRO. (Examinándole el rostro muy de cerca, no despejado aún de sus dudas.)—¡Ah! sí... ya... El nombre de usted nunca lo supe. Cipión... ¡Qué coincidencia! ¡Llamarse usted como nuestro expugnador, *Scipión*! Le falta el cognomen, *El Africano*... Pues, efectivamente, ya voy recordando... la fisonomía, digo; que el nombre es nuevo para mí... ¿Y cómo ha venido usted á parar á estas soledades gloriosas?

TARSIS.—Rodando, señor, que el destino del pobre es rodar como esos cantos que fueron picudos, y con el rodar se vuelven lisos como huevos. Y usted, don Augusto, ¿está bien de salud? La última vez que tuve el gusto de verle, andaba usted medianillo.



BECCERRO.—¡Ay, no me diga!... Hallábame entonces en lo más agudo de un terrible ataque de neurastenia... ¡Qué noches, qué días! Entre mil aberraciones, padecí la de creerme encantado, y con poder para divertir á los demás jugando á los encantamientos recreativos.

TARSIS.—¿Y la Madre, dónde está? (Con todo su interés en los ojos.)

BECCERRO. (Atontado.)—¡La Madre!... Deje que me acuerde. Usted llama Madre á la que yo llamo Hermana mayor, que es aquella parte de la Historia patria que abraza desde la venida de los griegos hasta la caída de Numancia... Pues á esa Hermana debo mi curación. Sabrá usted que es amiga y familiar del Ministro... Ambos son de la misma edad... Mi excelente Hermana, ó si usted quiere, Madre, tuvo la feliz idea de que cambiando de aires me pondría bueno; habló al Ministro, apretándole á que me diera una colocación en estas ruínas. El hombre estuvo pensándolo seis meses, y al cabo de ese tiempo y de otro tanto de expedientismo veloz, me trajeron acá. El destino que disfruto no es ninguna ganga. No tengo funciones técnicas, sino administrativas... Soy auxiliar de no sé quién... cobro del material... Pues aunque mi puesto es indecoroso y de cortísima remuneración, trabajo como un negro. Entre usted en ese cuarto, y verá mis planos, mi trabajo de reconstrucción, día por día, de los asedios que sufrió Numancia desde que á ella se acogieron los *segeden-*

*ses* en el 153, antes de Jesucristo, hasta que quedó *autodestruida*... esa palabra empleo... en el 133...

TARSIS.—Y entretenido en esas tareas gratas, se ha curado usted de la neurastenia.

BECCERRO.—Sí, gracias á Dios... Estos aires, tan sanos como heróicos... la Historia alta, y llamo alta á la que nos cuenta las virtudes máximas; la Historia de altura es el mejor de los tónicos. Heme restablecido aquí. Ya no me queda más que un remusguillo del pasado achaque... Algunos días, cuando sopla ese viento que los griegos llamaban *Apellotes*, ó aquel otro llamado *Eurus*, me siento un poquitín tocado. Ayer precisamente estuve todo el día estudiando la táctica y movimientos del primer expugnador de Numancia, Quinto Fulvio Novilio, el que trajo el escuadrón de elefantes... A estas bestias de gran calibre consagré yo mis cinco sentidos; las hice avanzar de tres en fondo sobre los numantinos; fijé el punto en que los animalitos, digo, animalotes, se espantaron, y volviendo grupas de improviso, llevaron la confusión y el desorden al campo romano... Pues anoche... Verá usted... salí á tomar el aire, y como de costumbre... me alejé... campo adelante. Hallábame tan despierto como ahora lo estoy, puede creérmelo... ¿Cuál no sería mi sorpresa al ver venir los elefantes desmandados, como le estoy viendo á usted ahora? Era un horror. Bajo las pisadas de aquellos monstruos temblaba la tierra... Quise huir, caí al suelo... Los

terribles paquidermos pasaron sobre mí... Imagínese usted... Cada una de sus patas pesaba como una torre... ¡Ay, ay! testimonio de aquel desastre son los dolores que tengo en este lado, ¡ay!

TARSIS.—¡Pobre don Augusto! Debe usted descansar, recogerse pronto.

BEJERRO.—¿Para qué? ¡Si yo no duermo...! Con dos horas de sueño me basta. Trabajaré hasta las cuatro... Pase usted á ese tugurio donde me han metido, y verá lo que abultan mis papeles... A cada general de los siete que mandó Roma contra esta ciudad invencible, consagro un tomo... Los años suceden á los años, y Roma, que domina el mundo, no acaba de conquistar este palmo de tierra. En mi Historia acuso las cuarenta á cada uno de los bárbaros caudillos que vinieron acá, y lo mismo le sacudo á Pompeyo Rufo que á Hostilio y á Filón; y si á éste le demuestro que robaba cuanto podía, al otro le descubro que era tartamudo y borracho. El tocayo de usted, Scipión, ya es otra cosa. Por sus antecedentes militares y sus victorias en Africa, le consagro dos tomos... Vino aquí cuando Numancia llevaba quince años de lucha contra Roma... El tal Scipión era hombre de cuenta. Lo primero que hizo fué limpiar su ejército: despidió á los buhoneros y cantineros, los *Bartolitos* de entonces... y despachó también con viento fresco á diez mil mujeres romanas de las que llamamos *del partido*. Ahí es nada: diez mil *hetairas*, que las tropas traían

consigo para pasar el rato. Eran bonitas, juguetonas, venustas, maestras en danzas y garatusas para enloquecer á los hombres y llevarles á la molicie. Expulsadas por Scipión, las diez mil damas que ahora llamaríamos *de las Camelias*, se esparcieron por la feraz Hesperia, con lo que Roma realizó la penetración pacífica: unas se quedaron en el territorio de los *Arevacos*, otras en el de los *Pelendones*, donde hicieron asiento, vulgarizando el nombre de *pilindongas*... Pocas fueron á establecerse entre los *Edetanos* é *Ilergetes*; las más corrieron en busca de los pueblos ricos, y llegaron con sus gracias á la opulenta *Hispalis*, ó á *Gades* frecuentada por extranjeros, á *Cartago Espartaria*, á la gran *Barcino*, ciudad generosa y abierta siempre á toda hermosura y elegancia. Con activa erudición de cazador de la Historia he seguido yo el paso de estas bellas peregrinas, y las veo instaladas muy á gusto en los pueblos que se llamaron *Turdetanos*, *Bástulos* y *Túrdulos*, donde si alguna novedad enseñan, más pueden aprender en achaque de danza y meneos graciosos con crótalo y laúd... Pero se cae usted de sueño, y no es bien que yo le robe el descanso.

TARSIS.—Sueño no falta... Pero el gusto de oír á un hombre tan sabio vale por diez camas... Siga.

EL CAPATAZ. (Acercándose respetuoso.)—Déjele, don Angosto, digo, don Augusto. El pobre está rendido.

**BECERRO.**—Idos al descanso... ¿Qué tenéis para mañana?... ¿Vais al campamento romano dejando á medio desescombrar la calle longitudinal de la ciudad celtíbera?... ¡Error, desatino! (Triste, sacudiéndose un cinife que picarle quería.) Si aquí mandase yo, establecería en los trabajos el sistema perpendicular combinado, concretándome á la calle numantina que puedo llamar calle maestra de la ciudad heróica... Descubierta la romana, apurar el descubrimiento de la celtíbera, y proceder luego á descubrir la ciudad prehistórica, dedicando á esto las calles transversales. Llamo á este sistema perpendicular combinado porque, ahondando siempre, exhumo á Numancia en el sentido de Norte á Sur, y á la ciudad prehistórica en las calles de Este á Oeste... Pero yo no mando, yo no dispongo nada... He venido de agregado al caos, ó sea lo que llaman administración... Amigos, buenas noches. Que descansen: yo no tengo sueño y estudiaré hasta el alba... Un momento; óiganme dos palabras. La ciudad prehistórica, innominada y desconocida, es más interesante que todo lo romano y lo celtíbero. Para mí, la ciudad que yace debajo de Numancia es una de las que Gerión, natural de Caldea, fundó en esta comarca, ocupada siglos después por los *arevacos*... Y aquí fué donde los hijos de Gerión mataron, como ustedes saben, á Trifón, hermano de Osiris...

**EL CAPATAZ.**—Don Augusto, buenas noches.

**BECERRO.**—Adiós. (Para sí, dirigiéndose á su cuarto.)

Estas pobres bestias en dos pies son máquinas musculares, que no piensan más que en fortalecerse con la comida y en engrasarse con el sueño.

**EL CAPATAZ.** (Andando con Gil hacia su alojamiento.)—Este don Augusto está un poco ido.

**TARSIS.**—Enteramente ido. Sabe mucho.

**EL CAPATAZ.**—Sabe; pero no rige... Es un infeliz. Le han mandado aquí como para darle una limosna.

**BECERRO.** (En su cuarto, requiriendo libros y papeles.)—¡Feliz hora ésta de soledad y silencio! Sigo excavando en tu sér espiritual, ¡oh Numancia! como esos brutos desentierran tus huesos... Decidme, mujeres numantinas: ¿qué sentíais, que pensábais ante la ilustrada fiereza de Scipión Emiliano? Hablad, bárbaras hermosuras, inflamadas en el santo amor de vuestros héroes, sacerdotisas de la dignidad de vuestro pueblo. ¿Y vosotros, niños numantinos, con qué juegos os adestraban para la guerra? ¿Jugábais á manejar la honda, á imitar las catapultas y arietes de vuestros enemigos?... Quiero saber si vuestras madres os llevaban pegados á sus pechos cuando iban á disparar flechas contra el romano... Héroes, decidme qué os daban de cenar vuestras mujeres cuando volvíais de la pelea: ¿cenábais guiso de cecina con *erebintos*, que hoy llamamos garbanzos? ¿En los fieros combates os excitábais apurando esa bebida hecha de cebada, que llamábais *celia*? Señoras numantinas, lo que esta noche quiero desentrañar es si vuestra religión

os permitía la poligamia, si vuestros sacerdotes eran castos, si érais charlatanas y presumidas, y os componíais mucho para ser gratas á vuestros hombres. Decidme si asistíais gozosas á esos templos formados por grandes peñascos enhiestos, si veíais con gusto correr la sangre en los sacrificios, si cuando descuartizábais al prisionero alabábais á vuestras feroces divinidades, y si teníais fe en el arúspice que del examen de las entrañas de la víctima sacaba el conocimiento del porvenir... Decidme, hombres, si entre vosotros hubo sabios investigadores que se dedicaran, como yo, á esclarecer las obscuridades paleolíticas. Preguntadles, os lo suplico, si vuestra lengua procede del caldeo ó del etrusco. ¿No llamáis á los gazapos *laurices*, al vino *bacho* y al escudo *cetra*?... A los sabios preguntad si la población prehistórica enterrada bajo vuestra Numancia es *Andarisipo*, fundada por los *Tartesios*, según mi amigo Estrabón, ó *Copsanio*, de origen cántabro, según Pomponio Mela... (Pausa. Prepárase á escribir.) ¡Hermoso silencio! El alma del erudito se extasía en la sublimidad de estas ruínas gloriosas. ¡Oh ensueño, oh dulce embriaguez de los enigmas atávicos! Ya que no venís á mí, hermanas pelásgicas, etruscas ó fenicias; ya que no quiere Dios que yo penetre el misterio de vuestro origen, dejadme que busque y husmee vuestras huellas; y á estas piedras dormidas preguntaré si sois hijas de Atlas ó Héspero, si os trajo Gar-

goris, rey de los Curetos, para que fuérais fundamento y troquel de la civilización hispánica... Mientras Numancia duerme, el erudito vela, y entrega todo su sér al deliquio histórico... El enamorado de la antigüedad os busca, os persigue, os evoca con su abrasado aliento... (Poseído de frenético entusiasmo.) ¡Oh! ya me siento león... ya mis dedos son garras, ya sacudo la melena, ya la fiereza hierva en mi corazón, ya causo espanto, ya resoplo, ya rujo... Allá voy. (Salta por encima de la mesa y sale rugiendo.)

TARSIS. (Agitándose en su camastro.)—¡Ay de mí! ¿Qué es esto? Caí en el primer sueño como en un pozo, y ahora... ¿Qué ruido es ese que me atormenta?

EL CAPATAZ. (Despertando.)—¡Eh! ¿Qué te pasa? ¿Hablas dormido?

TARSIS.—Me ha despertado un ruido espantable...

EL CAPATAZ.—¡Otra! Se me olvidó decirte que ronco como un piporro...

TARSIS.—No es ronquido lo que oigo, sino el *baladro*, alarido de animal fiero.

EL CAPATAZ.—Oigo á los perros que ladran á la luna.

TARSIS.—Es más fuerte y temeroso que el ladrar de los perros. Ahora suena cerca de aquí, ahora se aleja. Escuche. ¿No tiembla usted?

EL CAPATAZ.—¿Yo qué he de temblar, contra? No tengo miedo á embelecocos de las ánimas.

TARSIS. (Incorporándose.)—¿Ánimas dice? Será el ánima de un león. Lo que se oye es el re-

soplido de una fiera. El rugido sale algo cascado, como si el león padeciera moquillo.

EL CAPATAZ.—¡Otra!... Ya sé lo que es. Los que andan de noche por las cavas dicen que han visto un león grande y flaco... que corre y salta furioso sobre las ruínas, dando resoplidos al modo de los perros que rastrean. Un trabajador de acá salió con escopeta, y le soltó un tiro sin hacer blanco... Es ánima del león de la *antigüedad*, que del otro mundo viene á la que-rencia de las piedras, y mete el hocico olfateando huesos, ó ceniza de madera y ladrillos que *entavía* huelen á quemazón.

TARSIS. (Recostándose.)—El león de Hesperia...

EL CAPATAZ.—Duérmete, bruto, y otra noche saldremos á verlo...

## XV

De lo que vió y sintió el caballero  
en el osario de Numancia.

Al trabajo en las excavaciones fué Gil el siguiente lunes con cierta emoción religiosa. No era lo mismo arrancar piedras de un monte para el afirmado de un camino, que sacar de la tierra las que dos mil años há fueron asiento y abrigo de un pueblo perpetuado en la excel-situd de la Historia. De los veinte ó más hombres que allí trabajaban, tal vez Gil era

el que mejor comprendía toda la grandeza de aquella exhumación. Revolviendo tierras negras, tierras coloradas, se iba penetrando de lo que hacía. Por las explicaciones que en su tosco lenguaje le dió el capataz, descifraba los caracteres del suelo. Lo negro era la ciudad romana, que los vencedores construyeron sobre los restos de la ciudad celtíbera; lo rojo era Numancia quemada, escoria de ladrillos calcinados y cenizas revueltas con huesos y trozos de cerámica. Entre este material que los azadones cuidadosamente movían y las palas apartaban, aparecían los sillares de labra tosca, ajustados con barro. Las piedras formaban paredes, y las paredes habitaciones, y éstas casas, y las casas calles...

Recorrió el caballero en largo espacio una vía perfectamente empedrada. Al pisarla, pudo imaginar que hallaba huellas recientes, huellas de hace dos mil años, que aún vivían ó resucitaban en la mente del explorador poseído de respeto y emoción... y allá en lo más hondo, yacían los huesos de otra ciudad enterrada por los numantinos al construir la suya; de una ciudad, en cuyo suelo el Tarsis del siglo xx sentía las pisadas del Tarsis pristino, desvanecida imagen de los tiempos.

Desde que llegó á Numancia, el asendereado Gil padecía crisis aguda de imaginación, con disloque de nervios y propensión á ver en anárquico desorden las realidades físicas. La soledad, el no saber de Cintia, el desamparo en que le tenía la Madre, y la presencia y contacto de Becerro, le llevaron á tal estado. El chisporroteo mental del erudito prendía en la